

César Rosas Roque

EL CABALLO DEMONIACO

—Por quedarte a chupar con ese serrano de Santos Yalle es por eso que estamos regresando tarde a la casa; tú y esa maldita manía que tienes de *huaraquiarte* con tus amigos en cualquier chingana de mala muerte; uno tiene que trabajar como burro para sostener a la familia.

Así, entre uno y otro reproche, Jovita Cotito resonaba a su cónyuge, Candelario Lobatón, al regreso de la quebrada de San Juan a la ciudad de Chinchá Alta. Jova y Candi viajaban todos los fines de semana a los lares andinos llevando su mercadería consistente en pan cholo, semitas, mestizos, chancay, frijol colado, dulce de alcayota, tamales, rellenos, salchichas, vinos y aguardientes para venderlos a la gente de las rancherías. Luego de la venta regresaban a la capital de la cordialidad trayendo quesos mantecosos, mantequillas puras, papas serranas, habas y otros productos alimenticios para sustento diario. Aquel fin de semana Candi, medio tomado, discutía una y otra vez con su mujer del alma.

Tras... tras... tras... Las mulas a todo galope devoraban los caminos de regreso al pueblo chinchaltino. Ya estaban en la mitad de la jornada cuando, de repente, se escucharon escalofrantes relinchos de un caballo. Al comienzo hicieron el menor caso al asunto, pero a medida que avanzaban los relinchos se hacían cada vez más sonoros, hasta que por fin divisaron un gigantesco caballo negro, horripilante por cierto, que venía en sentido contrario por la misma vía.

Al instante, unos negros nubarrones cubrieron la reluciente luna. Todo fue un silencio sepulcral

que hasta se pasmaron los cantos monótonos de las arañas. El equino, al llegar junto a la pareja, se paró en dos patas, vomitando espuma y cieno por el hocico y hacía lo imposible por botar a los comerciantes de sus cabalgaduras.

Jovita, como toda buena chinchana, católica, cien por ciento devota del Señor de los Milagros, comenzó a rezas incesantemente por la salvación de su familia. Ya estaban a punto de rodar por los suelos, cuando la guagua, el hijo menor de los esposos, que venía durmiendo en uno de los serones de la cabalgadura de Jovita, comenzó a llorar desafortadamente, lo que dio motivo para que el demoniaco caballo negro emprendiera veloz carrera hasta perderse entre unos tupidos matorrales.

Al llegar la pareja frente al lugar denominado La Cruz del Caminante, oraron devotamente y prosiguieron su viaje hasta llegar a la Toma de Mondragón, allá por los barrios altos de la ciudad.

—Te juro, Candi, que ya no viajaré más de noche por aquellos parajes, tengo un palpito que fue el mismo *cancho* convertido en un caballo negro que quiso llevarnos en cuerpo y alma a su reino.

—Hummm... Puede ser cierto, pero gracias a Dios que en esta ocasión llevamos a Francisquito y no lo dejamos con la *mita* cuidándolo, si no hoy mismo estaríamos andando en el infierno, contestó Candi.